



DON ENRIQUE EN PERSONA

D. Francisco García-Olmedo
Académico de la Real Academia de Ingeniería

Nos reunimos hoy para rendir homenaje a D. Enrique Sánchez Monge y Parellada, quien fue tal vez el agrónomo más insigne del siglo XX español. Los otros ponentes glosarán facetas concretas de su trayectoria y de su obra, yo intentaré evocar su persona, conjurar su presencia entre nosotros, y voy a tratar de hacerlo a partir del recuerdo de cinco escenas del pasado.

ESCENA 1ª

Faltan dos minutos para las ocho de la mañana cuando le vemos aparecer por el fondo del largo pasillo, cuyos altos zócalos pintados de un incongruente color verde azulado confieren un aspecto pobre y aseado a todo el edificio; viene del torreón oeste, en cuyo último piso tiene la vivienda, avanza reposadamente, en la boca el primer habano del día, y nos apresuramos a tomar asiento en el aula antes de que llegue, pues, a las ocho en punto, echará el cerrojo.

En la España de principios de los años sesenta, se considera que para dar clase tan temprano hay que madrugar heroicamente, algo difícil de conseguir si se es aficionado a las tertulias nocturnas en bares y cafeterías cuya hora oficial de cierre es la de las tres y media de la madrugada. Todavía no ha llegado el momento en que ese cierre se adelante oficialmente a la medianoche y la economía estudiantil no dé para los clubs nocturnos que quedan exentos de la ordenanza. La puntualidad forma parte de la lección cero del curso de Genética General.

La cara redonda, dominada por unas gafas de gruesos cristales, y la tez curtida, ligeramente sonrosada, dan la imagen de una persona en

armoniosa comunión con la naturaleza. En el aula todo es precisión; expone la lección como el virtuoso que interpreta al piano una exigente partitura, nada deja al azar o a la improvisación, la pizarra va llenándose de trazos en colores que acaban componiendo figuras finales a la escala óptima para el aprovechamiento del espacio disponible. La claridad y la precisión también forman parte de la lección cero del curso de Genética General. Estas virtudes son extensibles al correspondiente libro de texto, que sobresale entre una multitud de improvisados apuntes mal copiados en aquellas multicopistas popularmente llamadas "vietnamitas".

En aquellos tiempos, en los que la mayor lacra de la universidad era la ignorancia o desfase de una mayoría de los que se subían a la tarima, muchos añorábamos una autoridad intelectual como la de D. Enrique, pero abundaban también quienes lo que en realidad apreciaban en un profesor era lo que se llamaba 'dominio de pizarra'. Sánchez Monge satisfacía los criterios de excelencia didáctica de los unos y de los otros, de los que se inclinaban por lo bien fundado y de los entusiastas de la tiza de oro.

Corrige los exámenes con ayuda de sellos de goma; las expresiones estampilladas en tinta morada al margen de los ejercicios manuscritos ?ipecado mortal! ierror grave!? no admiten atenuante o eximente y encarnan siempre juicios inapelables. La exigencia y el rigor intelectual presiden también la lección cero del curso de Genética General, exigencia y rigor que regirán sus actuaciones profesionales durante toda la vida: no hace mucho, dedicó las breves páginas del discurso de recepción de un nuevo académico a desmontar lo que éste había expuesto en su enjundioso discurso de ingreso. Hace unos días he tenido la oportunidad de consultar su extenso archivo de barbaridades académicas y periodísticas, todas ellas metódicamente subrayadas en amarillo. No me resisto a compartir con ustedes un par de ellas. En 1972, en un sesudo editorial del diario PUEBLO, José María Carrascal se refiere a "los cromosomas o células rojas de la sangre" y, en 1975, José Félix, a página entera en el diario Ya, se despacha a gusto en términos como los siguientes: "En nuestra nación todos los genes son dominantes", dice en el encabezamiento", y reitera en el texto... "no hay país como España donde la herencia genética se mantenga de manera tan permanente. En nuestra nación todos los genes son dominantes." En el citado archivo se guardan

también las contundentes cartas que Don Enrique escribió al respecto, dirigidas siempre al director del periódico de turno.

ESCENA 2ª

Asisto por primera vez a un claustro, que en este tiempo se compone exclusivamente de los catedráticos, los encargados de cátedra, entre los que me encuentro, y cuatro alumnos. Se debate una propuesta de Don Enrique para que se tome en serio y se exija con más rigor el aprendizaje del idioma inglés y me sorprende el nerviosismo con que algunos claustrales se oponen a la propuesta. Hay incluso uno que exclama con vehemencia que el idioma técnico por excelencia es en realidad el italiano. La propuesta es ampliamente derrotada. La Escuela es un verdadero desierto bibliográfico. En la abrumadora mayoría de las cátedras no están disponibles los libros y revistas especializadas más elementales. La excepción más sobresaliente es la cátedra de Genética y Mejora Vegetal, cuya biblioteca alberga ya una excelente colección de libros y está suscrita a las principales revistas del ramo. Dispone además de una colección de separatas cuyo número llegará hasta el 50.000. Tras acceder a la cátedra en 1960, Don Enrique solicitó y obtuvo de la Fundación Rockefeller la ayuda específica para documentación que permitiría crear esta biblioteca, considerada durante varias décadas como la mejor de la especialidad que podía encontrarse en nuestro país.

Si la Genética General se presentaba con el dogmatismo propio de algunos cursos de introducción, la de Mejora Vegetal era una asignatura abierta en la que el alumno debía enfrentarse sin intermediarios con la literatura científica -libros, revistas, separatas- para elaborar una monografía y un proyecto de mejora de una especie agrícola. Tres novedades en una -los idiomas, junto a la literatura y la escritura científicas- y una experiencia formativa única en aquel páramo intelectual.

ESCENA 3ª

Es un día espléndido de finales de mayo, las espigas están a punto de autofecundarse, un proceso que debemos reconducir. El trabajo ha empezado puntualmente, una decena de investigadores, con Don Enrique a

la cabeza, practicamos en silencio el arte de emascular espigas. Sentados en banquetas bajas, la planta entre las piernas a modo de violonchelo, cortamos cada arista y eliminamos sin daño las anteras, tres por espiguilla, con unas pinzas finas. Hay que asegurarse de que han sido tres en cada caso y que no hemos olvidado flor alguna en el conjunto. Terminamos protegiendo la espiga con una bolsa de celofán, la virginidad deseada bajo el velo de una túnica transparente. El tiempo se detiene, las mentes vuelan liberadas, nuestros cuerpos levitan y perdemos noción de cuántas veces hemos repetido la misma minuciosa operación hasta que una cierta rigidez muscular rompe el hechizo y el reloj nos dice que se aproxima el fin de la jornada.

Estamos en una finca cerca de la estación de ferrocarril de Alcalá de Henares, el ambiente humano es grato y todo el mundo trabaja con ahínco más allá del horario establecido. Hasta José Luís Pascual lo hace, aunque no le corresponde, ya que es el conductor que el Parque Móvil tiene asignado al Centro de Maíces. José Luís llega a figurar como coautor en algunas publicaciones de Sánchez Monge. No hay nada como el ejemplo para motivar a un equipo.

Ha sido José Luís mi instructor, pues yo soy allí un intruso que parasito los campos experimentales de Don Enrique gracias a su generosidad. Su generosidad y apoyo se plasmarán también en la cesión de las segundas generaciones de su programa de trigos híbridos, algo que nos ahorrará años de trabajo. Será, en fin, su colección de separatas la que guiará la publicación de los resultados obtenidos bajo su amparo. Es signo de los tiempos que, a pesar de que yo estoy contratado en el Centro de Cerealicultura del Instituto Nacional de Investigaciones Agrarias, oficialmente responsable de la mejora del trigo, haya tenido que refugiarme en el Centro de Maíces para realizar mis experimentos: ocurre que el director de mi centro, conocido como "el lucero del alba", nunca llega al trabajo antes de la una del mediodía y le importa poco el trigo.

En aquellos años, el consumo de carne per capita en España era la mitad de la media europea y, en Madrid, se consumían diariamente en torno a medio millón de litros de leche, más del doble de lo que producían las vacas estabuladas en los bajos de los edificios de viviendas, fueran céntricos o no,

por lo que la diferencia se aportaba en forma de agua del Lozoya, esta última, eso sí, de excelente calidad. Por esta razón, por la carencia de calcio en nuestras dietas, los españoles estábamos bajitos, aunque éramos altos. La producción de trigo y de cereales para pienso era también deficitaria y dependíamos de las importaciones. Fue a mediados de los años sesenta cuando por fin nos autoabastecimos de trigo; incluso llegamos a exportar un par de vagones de este cereal a Portugal, una hazaña que quedó reflejada en titulares periodísticos de primera plana. Fueron los Sánchez Monge, y no "los luceros del alba", los que nos sacaron de la miseria con su esfuerzo.

ESCENA 4ª

Dimitri Brezhnev, presidente saliente de EUCARPIA (Asociación Europea para la Investigación en Mejora Vegetal), se dirige al público con voz de bajo a los postres de la cena del VIII Congreso. Se rumorea que es pariente del famoso líder soviético, pero a quien se parece en realidad es a Nikita Krushev. A su lado, su traductora, una vistosa mujer de pelo teñido de rubio y voz de soprano que, de forma sucesiva, va traduciendo al inglés la canción del ruso: es una escena propia de una ópera bufa.

Empujado por Don Enrique y a una edad inapropiada, yo había desempeñado la vicepresidencia de EUCARPIA en los años anteriores y había conocido al traductor habitual del ruso, que era un gigante de toscas maneras e inglés rudimentario, que debía ser capaz de traducir el pensamiento de Brezhnev, a juzgar por la frecuencia con que participaba en las discusiones sin que éste último hubiera abierto la boca. La nueva traductora había causado sensación y contribuido a la buena recepción del prolongado dueto. Como presidente entrante (1975-1977), Don Enrique no dedicó más de un par de minutos a su discurso, en un inglés correcto, no exento de un ligero acento maño. No creo que desperdiciara muchas palabras en su nueva función. Palabras, las justas, ese parecía ser su lema.

Era tímido y sólo se salía de su parquedad de discurso para dar rienda a un humor socarrón y, a veces, para contar chistes, incluso algunos subidos de tono. También apeló al humor para dar nombre a algunas de sus obtenciones vegetales: llamó Cachirulo a una variedad de Triticale y Tomaje y Tolosco a sendas variedades de trigo: cachirulo se llama el pañuelo maño

que el hombre se anuda en la cabeza y que simboliza la tozudez, esa cualidad que tanto necesita el mejorador, y el segundo nombre fue la respuesta a un ministro que no creía en la mejora genética (Toma jeroma pastillas de goma). Creo que ustedes pueden imaginar el significado del nombre Tolosco. A la pobreza de medios, había que sumar el lastre de la incomprensión. Hacía caso omiso de ambos impedimentos, a pesar de que con frecuencia repetía una famosa frase de su abuelo Melitón González: "No se puede tocar Parsifal con cuatro pitos". Don Enrique fue un hombre tímido, parco en palabras, con sentido del humor, constante, tozudo y laborioso.

ESCENA 5ª

Ha terminado la clase y se le ve alejarse por el pasillo. Estamos en plena guerra del Vietnam, en el tablón de anuncios de los alumnos hay un póster de Ho Chi Min. Don Enrique se detiene, dirige la mirada al retrato del líder vietnamita y le pinta unos cuernos. También, por aquella época, le pintaba cuernos simbólicos a la Biología Molecular. Hay que decir que, como hombre sabio que era, tanto en lo político como en lo científico, evolucionó después hacia ámbitos de gran apertura. Era indudable que su ideología era entonces conservadora, como correspondía a alguien de estirpe militar que hizo la guerra muy joven en el lado vencedor, y puede parecer contradictorio que aquí lo señalemos como uno de los héroes de la transición sociológica hacia la España Moderna, una transición que precedió por poco a la transición económica y en casi una década a la bien conocida transición política, ocurrida ya después de la muerte de Franco.

Esta transición sociológica, que en esencia está por estudiar, fue protagonizada por no muchos individuos de distintas profesiones e ideologías que encarnaron una serie de valores cívicos y los predicaron con el ejemplo; me refiero a la consideración del trabajo como misión vital, a la puntualidad y al cumplimiento estricto de los horarios, a la desaparición del pluriempleo, a la apertura hacia el exterior y al noble objetivo de equipararnos a los países de nuestro entorno... y podría seguir enumerando. Fue la rápida implantación de estas y otras actitudes, que se extendieron como mancha de aceite, las que hicieron del nuestro un país sociológicamente moderno y fueron personas como la que hoy recordamos las que dieron alas a este proceso.

Concluiremos reiterando que la sombra de lo que encarnó Don Enrique Sánchez Monge y Parellada se proyecta hacia el futuro y que su ejemplo y su guía resultan tan necesarios en la actualidad como cruciales lo fueron hace ya más de medio siglo